

Fernando Pessoa

UN DISFRAZ EQUIVOCADO

Ilustraciones de
Adolfo Serra



Nórdicalibros

Fernando Pessoa
UN DISFRAZ
EQUIVOCADO

Ilustraciones de
Adolfo Serra

Selección, traducción y prólogo de
Martín López-Vega

Edición bilingüe

Nørdicalibros
2015

- © De las ilustraciones: Adolfo Serra
- © De la traducción y el prólogo: Martín López-Vega
- © De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid

Tlf: (+34) 915 092 535

info@nordicalibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-16112-80-7

Depósito Legal: M-5075-2015

IBIC: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón
y Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

OTRA LEY, UN DESTINO

Nadie nació tantas veces como Fernando Pessoa: en Lisboa el 13 de junio de 1888, en abril de 1889 de nuevo en Lisboa, en Oporto en 1887, y en Tavira el 15 de octubre de 1890. Entre otras. Fernando Pessoa nació cuantas veces quiso, ventrílocuo de sí mismo, empeñado en dar no solo voz, sino vida completa (por más que para él poca vida había fuera de la escritura) a todas las voces que le habitaban. Quiso llevar cada matiz, cada contradicción de su alma, hasta el extremo, y para ello creó su interna multitud, su hermandad de heterónimos. Escribió los poemas de todos ellos, publicó solo cuatro libros en vida (uno en portugués y tres en inglés) y unos cuantos poemas en revistas, y amontonó todo lo demás en un baúl que se haría famoso, un baúl lleno de gente, según expresión feliz de Antonio Tabucchi. Otros poetas modernistas, dice Robert Hass, como Yeats, Pound o Eliot, inventaron «máscaras a través de las cuales hablaban ocasionalmente... Pessoa inventó poetas enteros».

Pessoa hizo escribir a uno de sus heterónimos, Alberto Caeiro: «Si después de que yo muera quieren escribir mi biografía, / no hay nada más sencillo. / Hay solo dos fechas; la de mi nacimiento y la de mi muerte. / Entre una y otra, todos los días son míos». Ese «míos» encerraba, sin embargo, un desdoblamiento multitudinario. La vida verdadera de Fernando Pessoa fue de tinta y papel. La del ciudadano la contó su amigo João Gaspar Simões en su voluminosa *Vida y obra de Fernando Pessoa*, que, como se ve, tuvo que recurrir a la obra para encontrar algo de vida.

El lector curioso querrá, sin embargo, algunos datos. Nació Fernando Pessoa en Lisboa, como hemos dicho, el 13 de junio de 1888. Tenía cinco años cuando su padre murió de tuberculosis y ocho cuando su madre se volvió a casar con el cónsul de Portugal en Durban. Allá en Suráfrica se crio Pessoa, donde recibió lo que los libros llaman «una educación inglesa». Volvió a Lisboa en 1905, donde se instaló primero junto a su abuela y dos tías. Dos años después murió la abuela dejándole una pequeña herencia con la que montó una tipografía que no tardaría en quebrar. A partir de entonces se dedica a la traducción de cartas comerciales, oficio que desempeñará ya durante el resto de su vida. Murió el 29 de noviembre de 1935 en un hospital lisboeta, probablemente debido a una cirrosis, a los cuarenta y siete años de edad. Su última frase la escribió en un papel ese mismo día, en inglés: «*I know not what tomorrow will bring*».

Si bien la fama de Pessoa es esencialmente póstuma, participó con interés en los debates literarios de su época. En 1915 formó parte del grupo que lanzó la revista *Orpheu*, que introdujo el modernismo en Portugal y cuyo segundo y último número dirigió junto a Mário de Sá-Carneiro. En esa revista Pessoa publicó poemas con su nombre y el de Álvaro de Campos. En 1924 editó la revista *Athena* junto al artista Ruy Vaz, fijando en ella su proyecto heteronímico, y publicando poemas de Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y Fernando Pessoa.

Pero la vida verdadera de Pessoa no tuvo sangre, sino tinta. Escribe en el poema «Navegar es necesario»: «Vivir no es necesario; lo que es necesario es crear». El primero de sus heterónimos, según el propio Pessoa cuenta en una carta a Adolfo Casais Monteiro, nació cuando el poeta aún tenía once años. Su nombre: Chevalier de Pas. En 1899, durante sus años de estudiante en Durban, crea a Alexander Search, a quien utiliza para enviarse cartas a sí mismo. ¿Cuántos heterónimos llegó a crear Pessoa? Los estudiosos que han buceado en su baúl discrepan: el primer inventario, de Teresa Rita Lopes, contó 18; el último, de José Paulo Cavalcanti Filho, 127. No todos, naturalmente, tuvieron el mismo desarrollo ni el mismo interés.

El Fernando Pessoa ortónimo, el que firmó con su propio nombre, fue un poeta a caballo entre el simbolismo y el modernismo, reinventor del sebastianismo y autor del único libro en portugués publicado en

vida por el poeta, *Mensaje* (1934). Álvaro de Campos, ingeniero de educación inglesa y origen portugués, comienza su andadura en el decadentismo para adherirse después al futurismo. Ricardo Reis es definido por Pessoa como un médico latinista y monárquico, heredero de la tradición clásica. Alberto Caeiro, el campesino sin estudios, es sin embargo el maestro de todos ellos. Ayudante de contable, Bernardo Soares firmó el *Libro del desasosiego*, si bien es comúnmente considerado semiheterónimo, por unas palabras de Pessoa en las que afirma que su personalidad «no es diferente de la mía, sino una simple mutilación de la mía».

Que la vida de Pessoa no tuviera aventura (infancia surafricana aparte) no quiere decir, claro, que no tuviera angustia, sueño, dolor, dirección. Solo se le conoce un amor, con Ofélia Queirós, en dos fases de apenas unos meses separadas por diez años. Una relación en la que también entraron los heterónimos: Álvaro de Campos le escribía cartas a Ofélia advirtiéndola de que Pessoa no era de fiar. El 29 de noviembre de 1920 Pessoa le escribe en una carta a Ofélia: «El amor pasó... Mi destino pertenece a otra Ley, cuya existencia Ofélia ignora, y está subordinado cada vez más a la obediencia a maestros que ni permiten ni perdonan». Ofélia acabaría casándose con un teatrero y Pessoa habitaría cada vez más en el mundo paralelo de sus heterónimos, entregado febrilmente a la escritura de sus poemas: afirmó haber escrito todos los poemas de *El guardador de rebaños* en una única noche de insomnio de Caeiro.

Pessoa quiso vivirlo todo de todas las maneras poniendo cuanto era en cada cosa que hacía. Paradójicamente, todo eso no sucedió en la vida misma, sino en su escritura: su monótona existencia fue el paisaje adecuado para una de las mayores aventuras literarias de la poesía universal. ¿Quién necesita la vida real, pudiendo inventar cuantas quiera, como las quiera? No todos elegiríamos la forma de vida de Fernando Pessoa, pero todos aprendemos a vivir mejor la nuestra gracias a su elección.

MARTÍN LÓPEZ-VEGA
Iowa City, 11 mayo 2014

UN DISFRAZ EQUIVOCADO

(ANTOLOGÍA POÉTICA)

(Álvaro de Campos)

*Me quité la máscara y me miré en el espejo.
Era el niño de hace tantos años.
No había cambiado nada...
Esa es la ventaja de saber quitarse la máscara.
Siempre se es niño,
el pasado que fue
el niño.
Me quité la máscara, y volví a ponérmela.
Así está mejor:
así, sin la máscara.
Y regreso a la personalidad como a un final de línea.*

ALBERTO CAEIRO

EL GUARDADOR DE REBAÑOS

I

Yo nunca guardé rebaños;
pero es como si los guardase.
Mi alma es igual que un pastor,
conoce el viento y el sol
y va de la mano de las Estaciones
mientras sigue y mira.
Toda la paz de la Naturaleza sin nadie
viene a sentarse a mi lado.
Aunque me ponga triste como una puesta de sol
para nuestra imaginación
cuando refresca en el fondo de la llanura
y se siente la llegada de la noche
como una mariposa que entra por la ventana.

Pero mi tristeza es sosiego,
porque es natural y justa
y otra cosa no debe haber en el alma
que ya piensa que existe
mientras las manos cogen flores sin que ella se dé cuenta.

Como un ruido de cencerros
más allá de la curva del camino
mis pensamientos están contentos.
Y me apena saber que están contentos
pues, si no lo supiera,
en vez de estar contentos y tristes
estarían alegres y contentos.

Pensar es incómodo como andar bajo la lluvia
cuando el viento arrecia y parece que llueve más.

No tengo ambiciones ni deseos.
Ser poeta no es una ambición mía:
es mi manera de estar solo.

Y si alguna vez deseo,
por imaginar, ser cordero
(o ser todo el rebaño
para andar disperso por la ladera
siendo muchas cosas felices al mismo tiempo)
es apenas porque siento lo que escribo cuando el sol se pone
o cuando una nube pasa la mano sobre la luz
y un silencio recorre la hierba.

Cuando me siento a escribir versos
o paseo por los caminos o por los atajos
escribo versos en un papel que está en mi pensamiento,
siento un cayado en las manos
y veo una silueta mía



en la cima de un otero,
mirando a mi rebaño y viendo mis ideas
o mirando mis ideas y viendo a mi rebaño,
sonriendo vagamente como quien no comprende
lo que se dice
y quiere fingir que sí comprende.

Saludo a cuantos me leen
quitándome el sombrero de ala ancha
cuando me ven en mi puerta
apenas asoma la diligencia por la cima del otero.
Les saludo y les deseo sol,
y también lluvia, cuando haga falta,
y que sus casas tengan
junto a una ventana abierta
una silla predilecta
en la que sentarse a leer mis versos.
Y que al leer mis versos piensen
que soy algo natural:
por ejemplo el árbol antiguo
a la sombra del cual cuando eran niños
se sentaban de pronto, cansados de jugar,
y se limpiaban el sudor de la frente encendida
con la manga del babi a rayas.